

Nuevo elogio del anarquismo

Hector Siever

Paul Feyerabend. *¿Por qué no Platón?* Madrid: Tecnos. 1985. 188 pp. Trad. María Asunción Albisu.

Paul Feyerabend. *Adiós a la Razón.* Madrid: Tecnos. 1987, 195 pp. Trad. José de Rivera.

Estas dos colecciones de ensayos publicados por la editorial Tecnos - que en adelante citaré como PF 85 y PF 87, respectivamente-, desarrollan, resumen, aclaran o enfatizan algunas cuestiones que Feyerabend había planteado en *Tratado contra el método* y *La ciencia en una sociedad libre*.¹ En dichas obras se presentaban dos grupos de cuestiones básicas:

i) ¿Qué es la ciencia? ¿Cómo procede? ¿Cuáles son sus resultados? ¿En qué se diferencian sus criterios, procedimientos y resultados de los criterios, procedimientos y resultados de otros campos?

ii) ¿Qué ventajas tiene la ciencia? ¿Qué la hace preferible a otras formas de existencia que utilizan criterios diferentes y obtienen resultados distintos? ¿Qué es lo que hace que la ciencia moderna sea preferible a la ciencia aristotélica o a la cosmología de los chamanes?

Ambas clases de cuestiones se relacionan directamente con el papel que desempeña el racionalismo, tanto en la sociedad como en nuestra vida privada, así como con los cambios que ha sufrido la racionalidad a lo largo de la historia. Pero también se relacionan con un grupo de sujetos muy peculiares, quienes tienen la absoluta certeza de que sólo ellos poseen la capacidad para decidir en asuntos tales como la ciencia, la verdad, la racionalidad o el progreso. Más todavía: están plenamente convencidos de que son los portavoces, los guardianes, los depositarios exclusivos de la razón y la verdad. Dichos sujetos, tan peculiares, son los expertos:

Es cierto que yo experimento con todo tipo de ideas. Pero lo que escribo no es una "concepción del conocimiento", sino una colección de indicaciones, aforismos, alusiones, que pueden ayudar al lector a reflexionar sobre sus problemas. El contenido de mis observaciones es siempre el mismo: no os fiéis de los científicos, no os fiéis de los intelectuales, tanto si se trata de marxistas como de católicos de derecha, todos ellos persiguen sus propios intereses, todos ellos intentan alcanzar un poder espiritual y material sobre los hombres, lo cual hace que se comporten como si lo supieran todo, cuando en realidad saben muy poco ... (PF 85, p.148)

Así, podemos ver que Feyerabend continúa empeñado en dislocar los engranes que hacen girar las ruedas de la racionalidad y el progreso. Por una parte, insiste en hacer polvo el supuesto fundamental del racionalismo: la ciencia es mejor que otras formas de obtener conocimiento y ello por dos razones; porque utiliza el método adecuado para conseguir resultados y porque existen múltiples resultados que prueban la existencia de dicho método.

Pero también sigue empecinado en analizar los problemas y supuestos básicos de las relaciones que existen entre ciencia, expertos y sociedad desde una perspectiva relativista. Sería conveniente ver estos dos aspectos con cierto detalle, empezando por el fantasma del relativismo.

En primer lugar, Feyerabend distingue entre relativismo político, relativismo filosófico y actitudes de ambos tipos de relativistas. El relativismo político afirma que todas las tradiciones tienen iguales derechos: el sólo hecho de que una comunidad haya organizado su vida de acuerdo con una determinada tradición es suficiente para que esa comunidad posea todos los derechos básicos de la sociedad en que surge. El relativismo filosófico es la doctrina que sostiene que todas las tradiciones, teorías e ideas son igualmente verdaderas o igualmente falsas, o que cualquier asignación de valores de verdad a las tradiciones es igualmente aceptable.

En cuanto a las actitudes de los relativistas, también distingue claramente entre los miembros de una comunidad relativista y los relativistas filosóficos. Entre los primeros se encuentran todas las actitudes políticas: desde neoconservadores y fascistas hasta liberales y ecologistas. El relativismo político habla acerca de derechos, no acerca de creencias, actitudes, etc. Los relativistas filosóficos, por su parte, pueden mostrar toda clase de actitudes, sin sentirse mínimamente perturbados.

Ahora bien, Feyerabend es dadaísta, pero no tonto. En ninguno de sus textos se compromete con el relativismo filosófico. Es decir, no

plantea las cosas en el sentido de que le conceda el mismo valor a la virtud que al vicio, a la razón que a la locura, etc. Tampoco afirma que Aristóteles sea tan bueno como Einstein. Afirmar que "Aristóteles es verdadero", es un juicio que supone una determinada tradición, es un juicio relativo que puede cambiar si cambia la tradición subyacente. Puede haber tradiciones que consideren la medicina científica tan buena como los métodos de curación antiguos, pero en otras tradiciones probablemente la medicina científica no presente el suficiente interés como para ser considerada seriamente.

Además, en PF 85 el autor presenta una serie de matices que conducen a una mejor apreciación de su concepto de relativismo. Entre otras cosas, afirma que las tradiciones, en sí mismas, no son ni buenas ni malas, que adquieren características positivas o negativas sólo cuando son comparadas con (o se contemplan desde la óptica de) otras tradiciones y que se ha de dar preferencia al juicio de quienes viven de acuerdo con esa tradición.

Un relativista no niega que la gente tenga preferencias que puede fundamentar y de las que puede convencer a otro mediante una serie de razones. Tampoco discute que algunas ideas tienen éxito mientras que otras están condenadas al fracaso ... Pero -y este es el punto decisivo- lo que el relativista niega es que el éxito (el fracaso, las ventajas o desventajas éticas) que observa y los argumentos que utiliza tengan nada que ver con características "objetivas" del objeto, que se den con independencia de sus tradiciones y preferencias personales -las del relativista- y tengan que ser aceptadas por todos (PF 85, p. 67).

Para Feyerabend, los juicios de valor no son objetivos, por tanto no pueden usarse para rechazar o criticar las opiniones subjetivas que surgen de las diferentes tradiciones. Afirma que la apariencia de objetividad asociada a algunos juicios de valor deriva del hecho de que se utiliza, pero no se reconoce, una tradición determinada, por lo que la falta de toda impresión de subjetividad no es una prueba de objetividad, sino la prueba de una omisión.

Así, sobre la base del relativismo, Feyerabend introduce una serie de elementos para caracterizar lo que él denomina sociedad libre, elementos que, además de su significado político, representan la posibilidad de excluir a los expertos de los centros vitales de esa sociedad.

Tales requisitos planteados por Feyerabend para construir una sociedad libre representan claramente su interés en impedir que los expertos sigan teniendo un papel protagónico en la toma de decisiones que pueden incidir en grandes grupos humanos. Es evidente también que su

proyecto de sociedad implica una participación mucho mayor de las tradiciones minoritarias, si en realidad se quiere mantener cierto control en las decisiones del poder, representadas en los discursos de la ciencia, la filosofía o la política.

En este sentido, la estrategia para criticar una sociedad fundada en la ciencia y el racionalismo introduce una serie de pautas muy interesantes, desde el momento en que no parte de las contradicciones económicas y políticas del capitalismo, sino que se fundamenta en la crítica de sus presupuestos básicos: la racionalidad y la verdad, la ciencia y la objetividad, la ética del progreso y la libertad, etc.

Tal es el sentido, precisamente, de la crítica que plantea PF 87, al afirmar que no hay razones que obliguen a preferir la ciencia y el racionalismo occidental a otras tradiciones y que la pretendida superioridad de la ciencia sólo se demuestra de una forma viciada, suponiendo una parte de lo que debería demostrarse —por ejemplo, dando por sentado que la racionalidad es algo objetivo, que existe con independencia de cualquier tradición. Si a ello agregamos que, para Feyerabend, no existe ninguna palabra que corresponda a la palabra "ciencia" o a la palabra "racionalismo", y que no hay nada así como un "método científico" o un "modo científico de trabajo" que guíe todas las etapas de la actividad científica, entonces no tiene sentido hablar de la superioridad de la ciencia o de la autoridad de la razón o afirmar la excelencia comparativa de la ciencia y la racionalidad.

Por otra parte, el argumento de que la superioridad de la ciencia se debe a sus resultados, puede sostenerse sólo si se demuestra: a) que ninguna otra tradición ha producido resultados comparables a los logros científicos, y b) que los resultados de la ciencia son autónomos y que no deben nada a criterios o agentes extracientíficos.

Contra la supuesta superioridad de la ciencia fundada en el "método científico", Feyerabend afirma que:

Las ciencias no poseen una estructura común, no hay elementos que se den en toda investigación científica y que no aparezcan en otros dominios. Ocasionalmente, desarrollos concretos tienen rasgos distintos y por ello, en ciertas circunstancias, podemos decir por qué y cómo han conducido al éxito. La investigación con éxito no obedece a estándares generales, ya se apoya en una regla, ya en otra, y no siempre se conocen explícitamente los movimientos que la hacen avanzar (PF 87, p. 20).

Además, Feyerabend aporta argumentos de orden histórico, como cuando afirma que no hay una sola regla, por muy plausible que sea y

por bien fundada que esté en la lógica y en la filosofía, que no haya sido vulnerada en una u otra ocasión. Estas violaciones no son acontecimientos fortuitos; tampoco son consecuencias, que hubieran podido evitarse, de la ignorancia o de la falta de atención; en las condiciones en que se dieron eran necesarias para el avance de la ciencia, cualquier cosa que eso signifique. También enfatiza que uno de los resultados sobresalientes de las nuevas discusiones sobre la filosofía y la historia de la ciencia es, precisamente, el haber dado a conocer que algunos acontecimientos como la revolución copernicana, el atomismo moderno (la teoría cinética, la teoría de la dispersión, la estereoquímica, la teoría cuántica) o la aparición de la teoría ondulatoria de la luz, tuvieron lugar porque algunos científicos decidieron no seguir algunas reglas consideradas obvias o porque las contravinieron de manera inconsciente.

Respecto a la pretendida superioridad de la ciencia con base a sus resultados, PF 85 y PF 87 plantean que los argumentos en favor de la ciencia siempre emplean determinados valores. Preferimos y aceptamos los productos y logros de la ciencia porque están de acuerdo con criterios relacionados con la eficacia y el dominio de la naturaleza. Pero también preferimos la ciencia por que no existen otras tradiciones o ideologías que puedan competir con ella.

Para Feyerabend, la pretendida superioridad de la ciencia no radica en sus métodos, sino en que las sociedades racionalistas se han preocupado en preparar el escenario para que la ciencia fuera la tradición preponderante, ya sea despojando a las religiones de sus profundos contenidos mitológicos, interpretando los mitos de tal modo que fuera posible eliminar sus implicaciones ontológicas, o suprimiendo a los portadores de tradiciones de conocimiento alternativas, como las culturas precolombinas o las tribus indias de Norteamérica.

En los siglos XVI y XVII, leemos en PF 85, se dió una competencia más o menos leal entre la ciencia y la filosofía antiguas y la moderna filosofía científica; jamás hubo una competencia honesta entre este conjunto de ideas y los mitos, religiones y procedimientos de las tradiciones no occidentales. Tales mitos, religiones y procedimientos desaparecieron no porque la ciencia fuese mejor, sino porque los apóstoles de la ciencia eran los conquistadores más decididos y porque suprimieron a los representantes de las culturas alternativas, lo que demuestra que la superioridad de la ciencia no es producto de la investigación ni de los argumentos, sino de presiones políticas, institucionales —la educación, el dominio de los expertos, el papel de grupos de poder como la American Medical Association— e incluso militares.

Por otra parte —en relación a los logros autónomos de la ciencia—, Feyerabend afirma que no hay una sola idea científica de importancia que no haya sido robada de alguna parte. Si Copérnico recurre a "Filolao, que era un pitagórico de ideas poco claras", la medicina pudo convertirse en ciencia gracias al saqueo de los procedimientos y métodos de "la herbolaria, la sicología, la metafísica y la fisiología de las brujas, comadronas, magos y boticarios ambulantes".

Así, tenemos entonces que los argumentos de la metodología no prueban la superioridad de la ciencia, y que la ciencia tampoco es preferible por sus resultados. De ello se desprende que la tradición del racionalismo sólo es una tradición entre otras, por lo que carece de elementos para imponer sus criterios a otras ideologías. Sin embargo, la ciencia y el racionalismo han sido los pilares de la democracia occidental durante los últimos doscientos años, además de que han hecho girar las ruedas del progreso —para bien o para mal— durante poco más de dos milenios.

La crítica de Feyerabend es válida y adecuada, sobre todo porque está enfocada contra los presupuestos fundamentales de la sociedad racionalista. Pero, por mucho que su posición relativista permita incorporar diferentes minorías que tratan de organizarse y luchar por el reconocimiento a la diferencia; por mucho que su postura dadafista en metodología y política sea un argumento a favor de la autogestión y de las iniciativas personales de los ciudadanos; por mucho que sus lineamientos políticos nos parezcan adecuados ¿puede concebirse una sociedad libre como la que plantea? ¿Es posible construir una democracia —al viejo estilo ateniense —que sea independiente de los mitos de la racionalidad, la ciencia y la verdad?

Notas

(1) Para quienes no han tenido el placer de conocer a Feyerabend, (cfr. *Mathesis* 5 (1989) 469-484). El autor del comentario es demasiado parcial en su presentación, pero aporta algunos elementos que permiten apreciar el sentido de los planteamientos dadafistas de Paul Karl Feyerabend.